LA MUERTE DE VELAZQUEZ(*)

POR

PEDRO LAIN ENTRALGO

La vida terrenal de Velázquez llega a su cumbre el año 1658. Con *Las Meninas* (1656) y *Las hilanderas* (1657), el pintor acaba de alcanzar las dos más altas cimas de su obra; el mundo pictórico es pura luz. Pero Velázquez no es sólo pintor, es también hombre de la Corte; y con su ingreso en la orden de Santiago, el cortesano, Aposentador mayor desde años antes, logra al fin título de nobleza. Ya don Diego de Silva Velázquez es lo que siempre ha querido ser: un gentilhombre que de cuando en cuando da unas pinceladas, según la certera fórmula de Ortega.

Desde ese año hasta el día en que la última enfermedad se adueña de él, el 31 de julio de 1660, en nuestro don Diego se ve un hombre de talla media y bien proporcionada, ni obeso ni magro, de rostro cetrino, ovalado y levemente pastoso, por obra, sobre todo, de unos labios gruesos y firmes. La frente, tenuemente abombada, es despejada y armoniosa, y el pelo, abundante, negro, ondulado y ya con alguna hebra cana. Sus ojos, grandes y oscuros, contemplan el mundo con mirada a la vez serena, envolvente y penetradora. Así se nos presenta don Diego en el seguro autorretrato de *Las Meninas*.

En el movimiento de su persona, Velázquez es calmoso y muy dueño de sí. Tiene fama de flemático. «Ya conocéis su flema», escribe Felipe IV a su embajador en Roma, el Duque del Infantado, para que éste procure el pronto regreso del pintor a España; y por flemático le tiene también —aunque no tanto como a los pintores flamencos— el Cardenal Infante, en carta a su hermano el Rey. Pero la apariencia corporal de Velázquez no es la de un flemático puro; bilioso-flemático o flemático-bilioso, le llamarían más bien los galenos de su época. Y aun cuando en la indudable calma de su conducta tuviera amplia parte fisiológica la pituita de su

* Debo agradecer a D. Diego Angulo y a los Drs. Jiménez Girona y Rof Carballo la ayuda que me han prestado para la composición de este artículo.

organismo, más decisiva parte debió de tener su hábito moral de proponerse altísimas empresas y de cumplirlas muy seria y reflexivamente, según aquella sentencia de Aristóteles (*Ethica Nic.*, 1125 a.) y de Santo Tomás (*Summa*, II-II, q. 129, a. 3) que declara «tardos» los movimientos corporales y psíquicos del varón magnánimo. La famosa «flema» de Velázquez era efecto común de la pituita y de la magnanimidad, y acaso más de ésta que de aquélla. Llamémosla, españolamente, sosiego, y acertaremos de todo en todo. ¿Acaso el continente velazqueño no era garboso, además de ser pausado y sereno? Gentileza, arte, garbo natural y compostura pone en él Palomino, y ésta fué, sin duda, la impresión común de todos cuantos le trataron. La naturaleza (el individual temperamento de Velázquez), la vocación (su íntima y callada sed de altas empresas) y la situación (el estilo de la hidalguía en la España de Felipe IV) se aunaron en la «flema» que tan concordantemente nombran y subrayan el Rey y su hermano.

En marzo de 1660 sale Velázquez de Madrid hacia Fuenterrabía, donde tiene que disponer el aposentamiento de Felipe IV y el aderezo de la casa que en la Isla de los Faisanes había dado marco un año antes a la conferencia entre don Luis de Haro y Mazarino, y tres meses más tarde ha de albergar la primera entrevista entre María Teresa de Austria y Luis XIV. Por Alcalá de Henares y Guadalajara, evitando, por tanto, los altos de Somosierra, llega a Burgos don Diego, y desde Burgos a San Sebastián y Fuenterrabía. Cumplida su misión preparatoria, ya por los cabos del mes de mayo, vuelve el pintor a San Sebastián, se reúne con el Rey, acompaña a éste en la ceremonia de entregar la Infanta a Luis XIV (Isla de los Faisanes, 7 de junio) y brilla muy aventajadamente en el severo teatro de la Corte española: «No fué don Diego Velázquez el que este día mostró menos su afecto en el adorno, bizarría y gala de su persona», dice Palomino, y añade: «Le ilustraron muchos diamantes y piedras preciosas; en el color de la tela no es de admirar se aventajara a muchos, pues era superior en el conocimiento de ellas, en que siempre mostró gran gusto: todo el vestido estaba guarnecido con ricas puntas de plata de Milán, según el estilo de aquel tiempo (que era de golilla, aunque de color, hasta en las jornadas); en la capa, roja insignia...; siendo los demás cabos correspondientes a tan precioso aliño». No hay duda: en los primeros días de aquel junio, Velázquez se hallaba en plena lozanía física y social.

El 8 de ese mismo mes salió don Diego de Fuenterrabía hacia El Escorial y Madrid, acompañando a Felipe IV. «Cuando entró Velázquez en su casa —escribe Palomino— fué recibido de su familia y amigos con

más asombro que alegría, por haberse divulgado en la Corte su muerte, que casi no daban crédito a la vista.» ¿Qué fundamento real tenía ese rumor? ¿Hubo en la salud de Velázquez, durante su estancia en Guipúzcoa, algún accidente morboso repentino y fugaz? No lo sabemos. Sabemos tan sólo que, una vez en Madrid, el pintor cumplió durante todo el mes de julio sus deberes en Palacio, y que el último día de ese mes enfermó súbita y gravemente. He aquí el puntual relato de su cofrade y biógrafo: «Habiendo estado Velázquez toda la mañana asistiendo a Su Majestad, se sintió fatigado, con algún ardor, de suerte que le obligó a irse por el pasadizo a su casa. Comenzó a sentir grandes angustias y fatigas en el estómago y en el corazón; visitóle el doctor Vicencio Moles, médico de la familia; y Su Majestad, cuidándose de su salud, mandó al doctor Miguel de Alba y al doctor Pedro de Chávarri (médicos de cámara de Su Majestad) que le viesen; y conociendo el peligro dijeron era principio de terciana sincopal minuta sutil: afecto peligrosísimo por la gran resolución de espíritus; y la sed que continuamente tenía, indicio grande del manifiesto peligro de esta enfermedad mortal.» No tardó en cumplirse tan sombrío pronóstico. Después de escuchar una larga plática espiritual de don Alfonso Pérez de Guzmán el Bueno, Arzobispo de Tiro y Patriarca de las Indias, y de haber recibido los Santos Sacramentos, Velázquez moría a las dos de la tarde del 6 de agosto de 1660, a los sesenta y un años de su edad.

¿De qué enfermedad murió realmente Velázquez? A través de intermediarios fidedignos, Palomino nos da el diagnóstico de los médicos que le asistieron [1]: terciana sincopal minuta sutil, nombre de una de las copiosas variedades en que por entonces se clasificaban las afecciones febriles. La clasificación de las fiebres arranca de Galeno, principalmente de su escrito *De differentiis febrium,* y va perfilándose a través de la medicina bizantina (Oribasio, Aecio, Alejandro de Tralles) y arábiga (Isaac Israelí o Iudaeus, Rhazes, Avicena). No parece que Galeno emplease el nombre de «fiebre sincopal» para designar una especie morbosa bien determinada; al menos, yo no lo he encontrado en su obra [2]. Acaso sea Isaac Israelí, en su *Tratado de las fiebres* (primera mitad del siglo X), el

[1] Sobre Vicente Moles, médico de la familia de Velázquez, véase Luis S. Granjel: «Noticia sobre la obra de Vicente Moles», en *Clínica y Laboratorio,* LXIX (1960), 284-289.

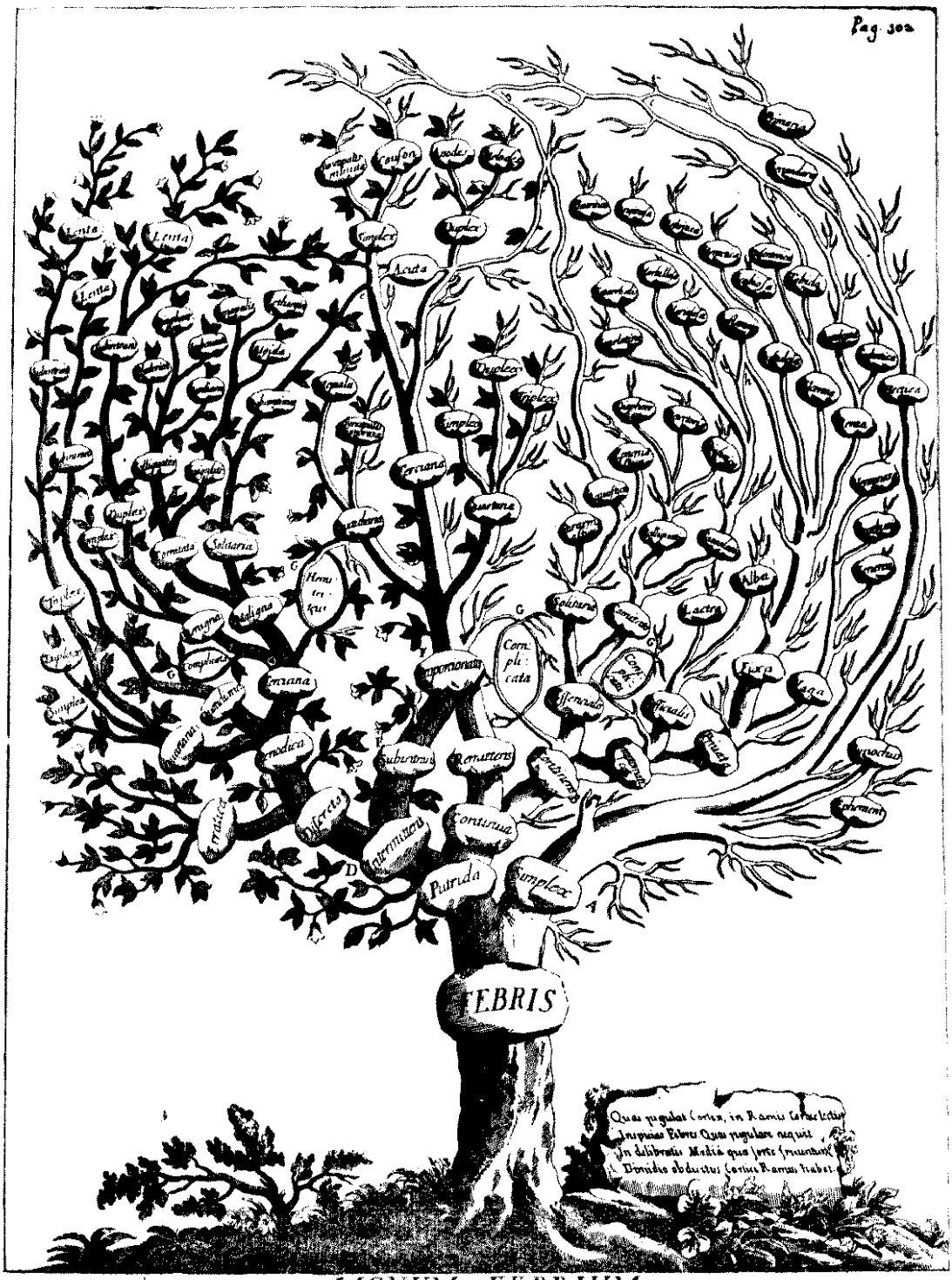
[2] Habla Galeno, eso sí, de afecciones sincopales acompañadas de fiebre. Por ejemplo, y con cierta amplitud, en el libro XII de su *Methodus medendi.*

primero en incluir el *syncopi* entre las especies de la fiebre[3]. En cualquier caso, y por obra, sobre todo, de los autores árabes que le siguen, la *febris syncopalis minuta* será entidad nosológica de conocimiento común entre los médicos europeos de los siglos XVI y XVII. Tomemos, por ejemplo, el tratadito *De febrium differentiis,* del granadino Pedro Mercado (Granada, 1583), clara y bien ordenada exposición de la piretología de la época y libro con toda probabilidad leído y manejado por los médicos que asistieron a Velázquez[4]. Las fiebres, según Pedro Mercado, podrían ser hécticas, humorales o pútridas, efímeras, continuas, pestilentes o pestilenciales y compuestas. Las humorales o pútridas tienen su asiento y causa en los humores del cuerpo (a diferencia de las hécticas y las efímeras, cuya causa respectiva asentaría en los órganos y en los espíritus), y se clasifican, según el humor de que procedan, en sanguíneas, coléricas o biliosas, pituitosas y melancólicas. La fiebre colérica, en fin, podría adoptar cuatro formas clínicas principales: el causón, la fiebre colicuativa, la terciana y la sincopal minuta. En opinión de los doctores Moles, Alba y Chávarri, Velázquez habría muerto de una fiebre biliosa mixta de terciana y sincopal minuta, mortal de necesidad a través de síntomas no extremadamente violentos (sutil).

Apoyado muy expresamente sobre la autoridad de Rhazes y Avicena, Pedro Mercado va describiendo el cuadro sintomático de la fiebre sincopal minuta. «Es de tal manera aguda esta fiebre, que cuando al paciente no le llegan las fuerzas alcanza cuatro accesos, cuyo período es terciano. Resulta de humores sutiles, la mayoría de las cuales son coléricos. de vehemente sutilidad y penetración, y de esencia venenosa. Se presenta en gran manera en los cuerpos de complexión cálida y seca. (No era éste, como hemos visto, el caso de Velázquez.) En ella se resuelve el cuerpo tan velozmente, dice otro autor, que si prosigue durante dos accesos, morirá al tercero. Pues al punto aparece en la cara aquella figura mortífera, a saber: la nariz afilada, los ojos cóncavos. Son también signos de esta fiebre el pulso pequeño, desigual y desordenado, y los vómitos biliosos, el insomnio y la sed, que adquieren más desarrollo que en cualquier otra fiebre. También se la reconoce, aparte los precedentes signos, por la angustia y la tristeza...» A todo lo cual se añade, como es

[3] Véase *Ishaq Israelí. Tratado de las fiebres.* Edición de la versión castellana y estudio del P. José Llamas, O. S. A. (Madrid-Barcelona, 1945), págs. 175-181.

[4] No debe ser confundido Pedro Mercado con el más famoso Luis Mercado. También éste nombra en su tratado *De fabribus* la «fiebre sincopal minuta», pero su exposición es harto menos precisa que la del médico granadino.



LIGNUM FEBRIUM

Clasificación de las fiebres según el *lignum febrium* de Fr. Torti (1709). En la parte más alta del árbol hállase la «fiebre sincopal minuta».

obvio, el síncope. Tal era la fiebre sincopal minuta para los médicos de los siglos XVI y XVII. Y también para los del XVIII, porque bien explícitamente la contiene el completísimo *lignum febrium* de Francesco Torti (véase la figura de la página anterior) [5].

Con todo esto hemos resuelto sólo una parte de nuestra cuestión. Sabemos, en efecto, lo que para Moles, Alba y Chávarri era la enfermedad de que Velázquez murió, mas no lo que esa enfermedad realmente era. ¿A qué lesión orgánica y a qué causa real se debió la «fiebre sincopal minuta» que dió muerte a Velázquez? Con otras palabras: si un médico actual hubiera atendido al genial pintor, ¿cuál habría sido su diagnóstico?

Con los exiguos datos que nos ofrece Palomino, y otros no hay, la cuestión no puede ser precisa y satisfactoriamente resuelta. La última enfermedad de Velázquez comenzó con fiebre, sensación de quebrantamiento general, angustia epigástrica y precordial, y seguramente vómitos; síntomas a los que pronto siguieron el síncope, una intensísima sed, con pulso pequeño, desigual y desordenado, y a los seis días, la muerte. Teniendo en cuenta, por otra parte, el rumor que por Madrid había circulado, es muy probable que dos meses antes hubiese sufrido Velázquez una pasajera crisis dolorosa y sincopal. Esa tan fulminante dolencia febril, ¿qué pudo ser? ¿Un infarto de miocardo de forma cardiogástrica? La precocidad de la fiebre y la intensidad de la sed parecen descartarlo. ¿Una pancreopatía aguda, una peritonitis por perforación gástrica, biliar o apendicular? Dentro de este campo se habría movido, con toda probabilidad, el juicio diagnóstico de un médico de nuestros días. En los suyos, víctima de lo que entonces llamaron fiebre terciana sincopal minuta, y sometido, por añadidura, a los inútiles o nocivos remedios de la época, Velázquez había de resignarse a esperar la muerte. Esto hizo; y así, en el séptimo día de su enfermedad —copiaré de nuevo a Palomino— el genial pintor «dió su alma a Quien para tanta admiración del mundo le había criado» [6].

[5] Figura en la *Therapeutice specialis ad febres periodicas* del prestigioso médico italiano (Mutin, 1709).

[6] ¿Cómo fué tratada la enfermedad de Velázquez? Nada cierto sabemos. Alguna orientación pueden dar, a tal respecto, estas líneas de Pedro Mercado: «Es más favorable el vino que el agua; ha de beberse después de todas las comidas, pero que sea amarillo viejo y de tenue esencia... El aire ha de ser frío, y las comidas astringentes, que no dejen fluir. Se dará tisana e hidromiel; pero una vez cocidos los humores productores de la fiebre, daremos claras de huevo y sesos de cochinillo, y después del cuarto día, poca carne antes del acceso. Otro autor nutre a los pacientes desde el pricipio de la enfermedad con pollos cocidos en té. Además,

no sólo con pepinillos, cidras y calabazas, sino también con frutos enfriados en nieve; y concede antes del comienzo del acceso agua de cebada con zumo de granadas, en el cual se haya echado flor de harina. Si antes de que lo tome llega el síncope, se abrirá la boca del enfermo y se echará dentro de ella vino con polvos astringentes y agua fría de la fuente. También habrá de rociarse al paciente con agua fría; pero si el calor es vehemente y con sequedad, se le dara leche de la que se haya extraído la manteca, con trociscos de alcanfor. Y dormirá el enfermo en lugar ventoso, y vestirá una camisa rociada de agua de rosas y sándalo. También se ha de ungir en vientre y los costados con sándalo y agua de rosas (Rhazes), y antes se ungirá el pecho con las mismas epítimas (Avicena), y el estómago con linimentos estípticos y aromáticos (Averroes). Se ha de hacer todo, en suma, para que el humor resulte más craso, se espese la piel y cesen las transpiraciones.»

Muy probable es también que administrasen a Velázquez polvos de quina, ya muy usados entonces para tratar la mayor parte de las fiebres. La *Vera praxis ad curationem tertianae* del médico vallisoletano Pedro Barba, primer libro en que se menciona y recomienda el empleo terapéutico de la quina, había sido publicado en Sevilla dieciocho años antes (en 1642).